

Prólogo

Si alguien me hubiese dicho que este humilde libro que lancé como broma eventualmente sería publicado por una editorial importante no lo habría creído. Quizás usted, querido lector, está tan impresionado como lo estoy yo mientras hojea estas páginas y hace una nota mental para comprar la versión pirata. Pero es real. *Estoy guatón, tengo que adelgazar* está de vuelta, a pesar de que ya no estoy tan guatón. Para que vean que el libro sirve.

Quizás muchos de ustedes se están preguntando a qué se debe este regreso. Cuál es la razón por la que pueden volver a ser bendecidos por mi prosa. Y bueno, la respuesta es ~~dinero~~ bastante compleja.

La verdad es que nunca quise sacar un “producto” de youtuber, porque, considerando el tipo de creador que soy y mi público objetivo, no pensé que nadie querría algo así viniendo de mí. Por lo mismo, parodié la idea de un álbum de láminas basado netamente en mi persona. Trabajé con un diseñador gráfico y con una pequeña imprenta. Lo curioso

es que la gente me dijo que efectivamente lo quería y que además estaban dispuestos a pagar por él. Una locura.

Lo que yo no sabía es que ese fenómeno es solo producto de tener una audiencia. Se dice (en términos generales, claro) que al menos el diez por ciento de tu audiencia busca retribuirte de manera monetaria. Por eso incluso el creador más *under* puede ganarse unas chauchas extra vendiendo poleras, tazas o llaveros.

Estoy guatón, tengo que adelgazar, sin embargo, fue un libro escrito como una parodia. Leí un par de libros de influencers, de esos que ni siquiera escriben ellos, y quise replicarlo como un chiste. Por eso este título tan poco comerciable. Pensé que ocurriría lo mismo que con el álbum. Unas pocas personas iban a querer leer el libro, ja ja, ji ji. Qué chistoso. Lo que realmente pasó es que se vendieron más de dos mil libros en un solo día.

Claramente yo no estaba preparado para ese volumen de libros. Tuve que pedir muchos más a la imprenta (quienes tardaron bastante igual, estábamos en verano), y tuve que empacar y enviar más de dos mil libros con la ayuda de unos amigos. Sin embargo, al haber hecho todo ese trabajo solo, me era muy poco factible distribuir el libro. No tenía ninguna editorial que pudiera llevarlo a tiendas. Al no tener un ISBN no podía venderlo por portales online. Y la página web que había creado para venderlo me presentaba problemas tras problemas. Pero ahora, como ustedes han hablado, el libro está de vuelta en gloria y majestad para que puedan leerlo por primera vez, o releerlo de una manera más bella.

Y eso nos lleva a otra interesante pregunta. ¿Vale la pena este libro si ya leyó la primera edición? Y se lo responderé de inmediato.

La primera mejora evidente la estás sintiendo ahora mismo. El libro es de mucha mejor calidad en todo sentido, mi foto es más bonita, etc. Pero los cambios no son solo cosméticos. Los años no han pasado en vano, por lo que siento que he aprendido a escribir cada vez mejor. Sí, tengo algo de experiencia, ya que literalmente escribo guiones de videos para ganarme la vida, pero siento que he pulido un poco más el arte de la escritura. Hace un par de años además estoy escribiendo una saga de cómics, *Sopaipili*, y la buena recepción de esa obra (que nada tiene que ver con mi figura pública) me ha motivado a querer mejorar la forma en la que me exployo por escrito. Por lo mismo, todos los capítulos de este libro han sido reescritos y expandidos para incluir más detalles que la primera vez no pude meter por cosas de tiempo. Además, hay un capítulo totalmente nuevo que siento que cierra de mejor manera el libro. Por lo que su experiencia será mucho más grata.

Tanto si esta es su primera vez leyendo este humilde libro como si viene a repetirse el plato para ver qué ha cambiado, espero que lo disfruten tanto como yo disfruté revisar esta obra que nació como un chiste hace casi cuatro años, pero que quizás perdure mucho más tiempo. Quién sabe, en una de esas sale una secuela...

1

El principio de tu vida

Piensa en el momento en que empezaste a vivir. No, no me refiero a la fecha de tu nacimiento impresa en tu carnet, sino al primer recuerdo que tienes. Ese que con confianza puedes señalar y decir: aquí empezó mi vida. Quizás es un recuerdo súper glorioso y bonito. Quizás recuerdas un plano épico de algún parque o playa. El principio de mi vida, sin embargo, es bien fome.

La manera en la que funcionan mis recuerdos es muy extraña, porque tengo imágenes de infancia no tan definidas que, debido a su antigüedad, siento que no debería tener. El recuerdo más antiguo que se me viene a la mente es la imagen de estar arriba de un caballo mirando hacia abajo a mi tío. Otro recuerdo que tengo es estar mirando una fuente de agua bendita mientras mi mamá me sostenía en brazos, pronto a sumergir mi cabeza en ella. Un recuerdo, que debe ser falso incluso, consiste en que estoy mirando por la ventana de un avión hacia una sala donde decenas de señoras chasconas, mis tías, se despedían de mí agitando sus manos con fuerza y felicidad. Pero esos recuerdos son

flashazos. Imágenes estáticas y otras con movimientos. Como para que lo entiendan los más jóvenes, mis primeros recuerdos son puros gifs, puros *boomerangs*.

Un estudio publicado recientemente en el diario *Memory* (irónico, ¿verdad?) postula que podemos tener recuerdos que datan de los dos años de edad, un año menos de lo que popularmente se creía¹. Y que exactamente cuánto recuerdas depende de diferentes factores, tales como tu entorno (rural o citadino), tu nacionalidad, la manera en que tus padres almacenan vivencias, el orden en que naciste respecto a tus hermanos y, por supuesto, cuán inteligente eres. En lo personal, siempre dudé de la veracidad de las imágenes que tenía almacenadas. Mi mamá me ha mostrado fotos de ese bautizo y no era ella quien me tenía en brazos, por ejemplo. Pero, además, la imaginación de un niño es muy activa y puede que esos recuerdos no hayan sido más que sueños o anhelos que mi mente decidió materializar en algunas tardes de aburrimiento.

Pero no. Ese no era mi caso. Tengo una memoria muy extraña y selectiva.

Años más tarde, sorprendida porque le relaté algunos de mis recuerdos, mi mamá me preguntó: “¿Y cómo te acordái de eso?” o “¿Con quién estuviste hablando?”. Al parecer, eran cosas que me pasaron de muy chico. Tan chico, que debería haberlas olvidado antes de aprender a hablar para contarlas.

1. Googlea “Amnesia infantil”.

Ante la eventual posibilidad de tener un hijo de un coeficiente intelectual superior, mi mamá, linda ella, me preguntó por otras cosas que quizás podría recordar, sin éxito alguno. Igual, convengamos en que se le ocurrió preguntarme por puras tonteras. Por ejemplo: si recordaba cuando me tomé una mamadera con leche podrida que no me causó ningún tipo de malestar, o si recordaba la vez en la que me tragué un petardo a los cuatro años, causando que, en palabras de ella, “cada vez que me agachaba matara a un gato”². Mi mamá y sus chistes. No me acuerdo de eso. Y quizás habría sido épico tener el poder de matar animales a puros peos.

Aun así, estos recuerdos que les he contado: mi prematura equitación, la aceptación ante el reino de Dios padre todopoderoso y mis despedidas aeroportuarias, por reales que fueran, no encajan con lo que yo llamaría el principio de mi vida. Porque no recuerdo exactamente qué ocurría después de estos eventos en orden cronológico.

Mi primer recuerdo o, como me gusta llamarlo, el principio de mi vida, fue después de una siesta. Abrí los ojos y ahí empecé a vivir. La pieza en la que yacía no era nada del otro mundo. Te mentiría si te dijera que recuerdo el color de los muros o algún cuadro que la adornara. Solo me acuerdo de la cama y de mis papás conversando en la cocina. Al ladito mío había una bombilla azul de esas que tienen formas extrañas para que vieras la bebida girando en

2. BA DUM TSS.

múltiples direcciones cuando tomabas. Cosas con las que un cabro chico se entretiene, claro.

Salí de la pieza aún algo dormido, y me fui hacia la cocina. Abrí la puerta y partí directo al refrigerador a sacar una bebida. Algo que quizás ustedes no saben, ya que es un dato muy poco interesante, es que en Gringolandia no se estila comprar botellas grandes de bebida así como lo hacemos acá en Chile. Los únicos que compren bebidas de litro hacia arriba son esos gringos cumas ridículamente obesos que tienen que andar en silla de ruedas de lo guatones que están, de esos que uno ve en la tele. La gente común compra latas. Es más fácil de dosificar si tienes cabros chicos, puedes comprar diferentes sabores de una, se enfrían más rápido y, en vez de botarla, puedes reciclarla para que te den más platita para bebida.

Mientras enterraba mi bombilla ultra súper bacán que daba vueltitas en la lata para mirar cómo la Coca-Cola giraba y giraba, mis papás seguían conversando, ignorándome por completo. Cuando hablo de esto no me refiero a que me ignoraban nivel negligencia infantil, sino más bien un entendemos-que-estás-acá-sano-y-salvo-pero-estamos-conversando-así-que-no-haremos-reparo-alguno-a-tu-presencia. Y yo todo bien con eso.

Según yo, y puede que esto sea mentira, porque debo haber tenido cinco años apenas, estaban hablando de una operación que le hicieron a un gato que nació con dos cabezas. Mientras escribía esta maravillosa obra, busqué información relacionada con eso en internet (considerando

que tiene que haber sido un tema lo suficientemente importante como para que lo hayan estado conversando mis padres), pero lo único que encontré relacionado con un gato de dos cabezas en los noventa fue una canción de una banda llamada The Aquabats!³. Quizás me imaginé al gato de dos cabezas.

Curiosamente, al ser este el principio de mi vida, recuerdo con claridad lo que aconteció ese día como si fuese ayer. Mis papás eran súper estrictos con ciertos temas. Bueno, en realidad, mi mamá era estricta. Mi papá era derechamente abusivo⁴. Parte de ese rigor era que me tenían absolutamente prohibido jugar Nintendo durante la semana. Era aquella época en la que reinaba la narrativa de que los videojuegos te atontan. Podía ver tele, usar mis juguetes, salir a la calle a jugar con tierra, pero no podía jugar Nintendo. Por eso sé que mi vida comenzó un sábado. Porque después de escuchar sobre los gatos de dos cabezas me fui a jugar “Chip & Dale” en mi pieza... Uh la la, ¿tenía tele en la pieza, el señor millonario? Sí. En mi defensa, no era una tele impresionante. Mi papá siempre se traía basura que encontraba en la calle, por lo que esa tele no mostraba ningún canal. Pero daba lo mismo, yo solo necesitaba ponerlo en el canal tres y prender la consola⁵.

Me encantaría contarles que el resto del primer día de mi vida fue emocionante, que salí a recorrer parajes hermosos,

3. Son más fomes que la chucha.

4. Más información al respecto más adelante.

5. Sí, niños. Antes el puerto HDMI era el canal 3.